

"La niña de la prisión"

Cuentos de Luis Enrique Délano

La lectura es un gran placer; el único que logra abstraerse al erotismo de todas las cosas humanas, porque da siempre y nunca pide. Y a ratos provoca ciertas sorpresas involuntarias. Lo he experimentado esta semana en forma elocuente. Siempre que termino de leer una novela o un libro de cuentos, algo indefinible queda flotando en torno mío, algo que me envuelve como en una atmósfera de ensueño y que junto con tocar, o herir, los resortes emocionales de mi alma, me obliga a meditar seriamente sobre escuelas y tendencias literarias. El simple lector del primer momento se convierte luego en un juez. Es un mismo proceso el que se repite sin término: los días pasan, la realidad de la vida cotidiana, que nos hiere a cada paso, va rápidamente destruyendo esa serie de sensaciones y sugerencias que surgen al margen de los buenos libros. Y entonces, para ahogar los desagrados de esta hora fugaz, el periodista busca otro libro a fin de renovar sus ya perdidas emociones....

Después de leer la segunda edición de "El Chileno en Madrid"—la última novela publicada por Joaquín Edwards Bello—llegó a mis manos un libro hermosísimo, escrito bajo el doble imperio del dolor y de la pasión maternal. "La vie et la mort de Phillippe" es el título de este emocionante y vívido relato en que una madre, Madame Léon Daude, abre su gran corazón lacerado por las miserias de la tierra. La imagen vigorosa y hasta dolorosa de ciertos aspectos de Madrid, admirablemente trazada por el discutido novelista chileno, fué lentamente esfumando, borrando, para dar paso a esta otra visión, no menos aguda y terrible, de los sufrimientos de una mujer que llora y clama justicia por la muerte misteriosa de un hijo querido. El calvario de una gran dama ennoblecida por las adversidades del destino, ha venido a enriquecer la literatura francesa contemporánea con un libro único. Como tengo la intención de escribir extensamente sobre esta obra, no he de seguir en mis reflexiones. ¡Contrastes de la vida perfolística!—termino la semana leyendo una colección de cuentos nacionales, "La niña de la prisión", de Luis Enrique Délano.

Excelente presentación tipográfica, agradables ilustraciones de Molina Lahitte con vagas reminiscencias de Luis Meléndez, portada de colores llamativos y notables tendencias modernistas en su composición: este es el libro. A primera vista provoca cierta inexplicable curiosidad. Además, su autor es muy joven y se inicia con él en las letras chilenas.

Lo abro rápidamente y rápidamente lo leo. Sería un grave error leerlo en otra forma; con lápiz en mano, por ejemplo, como aconseja Emile Faguet. Y aquí está mi sorpresa. Es saliendo de dos sensaciones fuertes y prolongadas, terriblemente humanas y movidas, y mis nervios—gastados y martirizados por ese doble ejercicio, al cual me entregué con todo agrado—encuentran como un descanso, extraña placidez y leve quietud, en la rápida lectura de estos cuentos, escritos por un joven que confía demasiado en su imaginación y a menudo se olvida del drama humano que se desarrolla junto a él. A veces, es preciso salir, huir de la triste realidad!

Con todo, a pesar de su agrado y placidez, no soy partidario de esta clase de literatura que otros admiran con enfermizo entusiasmo. Y pienso que quienes la cultivan, quien sabe por qué secretos designios, se imaginan, para tranquilidad de su espíritu, una existencia ficticia al margen de sus actividades reales y humanas: son seres desarraigados de su medio y de todos los medios, espíritus soñadores que anhelan poseer lo que no tienen. Es la ambición de todos los seres humanos. Los escritores puramente imaginativos, como Luis Enrique Délano, aman la sensación del peligro, se dejan atraer por los seres enigmáticos y aventureros, creen en cosas terribles, venganza de marineros, locas audacias de piratas, y toda esta emoción escoloriante que siempre dimana de las cosas más simples y sencillas no aparece en sus relatos. Son artistas que dan la apariencia de la sencillez, particularmente en el

estilo de sus composiciones, un estilo claro, limpio, transparente, embellecido por el juego audaz de ciertas imágenes felices. Pero no van más allá.

Los cuentos de "La niña de la prisión" son evocaciones fantásticas, juegos mágicos de la imaginación escritos en el aire, sin consistencia ni sentido humano—no me refiero al sentido local que debe primar en las obras de los costumbristas o regionalistas. De ahí que los personajes de este libro simpático y liviano carezcan de relieve y se deslicen frente a nosotros sin dejar rastro. Indiscutiblemente, provocan cierto encanto; pero esa vibración sólo dura el tiempo que se emplea en su lectura. Todo se va, tal como llega, con excesiva rapididad. En ningún momento he sentido la necesidad de detenerme al pasar de un cuento a otro, de cerrar el libro un momento para seguir con la imaginación la huella trazada por el novelista y completar así, silenciosamente, la creación que el artista dejara apriada en las páginas del libro. Nada. Relatos que descubren un estilo fácil, correcto, con cierto don poético, mezcla de sobriedad y de algunos efectos admirablemente buscados, y bien, todas estas cualidades, mientras leo, no logran llevarme lejos, arrastrarme por esa fuerza de simpatía humana que resplandece en los grandes creadores literarios y despierta el interés del lector.

La curiosidad que provocan los cuentos de Luis Enrique Délano, termina de golpe, en el momento mismo en que el libro se abandona. Tienen vida efímera, y es sensible.

El cuento nacional ha tenido y tiene excelentes cultivadores, Guillermo Labarca Hubertson, Federico Gana, Mariano Latorre, Manuel Rojas, Rafael Maluenda, Marta Brunet, todos estos escritores y otros más, cuando escriben, vigorizan la visión de la realidad con el encanto y sugestión de la fantasía. Unos tienden a la psicología y van hacia los conflictos de las almas, otros se detienen ante la majestad del paisaje y construyen bellísimos panoramas, pero en todos ellos el resorte humano, el sentido humano, la emoción humana es lo fundamental.

A Luis Enrique Délano, que se encuentra ahora en el umbral de la vida, le falta vivir, precisamente. En el primer cuento, que da nombre al volumen, hay una prisión, unos presos, una niña que está enamorada de uno de los presos, un sargento grosero y bruto que también requiere de amores, la muchacha; la pintura superficial de todo aquello es admirable, casi perfecta; pero en ningún momento se ve o se presiente la prisión, ese antro de miseria y de abandono que oculta y sepulta los más negros dolores de la tierra, es decir, falta en el relato la sensación definida de un ambiente determinado que comunique estabilidad, fuerza y vida en una palabra, a lo que la imaginación del escritor ha construido fuera de todo control.

Yo comprendo que Salvador Reyes haya escrito para este libro un prólogo entusiasta, en el cual se confunden la admiración del colega y el afecto del camarada y que, en realidad, importa una rotunda declaración de fe literaria. Naturalmente que el autor de "El Último Pirata" es un maestro si se le compara con Luis Enrique Délano. Menos imaginativo que Salvador Reyes, Délano es un poeta que a ratos descubre acentos de humanidad aislados. Poseedor de algunas bellas imágenes para no desperdiciarlas escribió este libro: mejor dicho, inventó estas narraciones y desparramó en ellas esas imágenes con arte singular. Así las ofrece ahora, diseminadas como las estrellas que brillan en medio de la noche. Ofrecimiento simpático, el de este joven escritor que mañana convertirá en impresionantes realidades las promesas que ahora se insinúan a través de sus "artísticas mentiras". Luis Enrique Délano ha de ser un buen charlatán, imaginativo y cordial, de aquellos que dan interés a todos los asuntos que no lo tienen. Literatura pasajera fugitiva la suya, condenada de antemano al olvido. Esto, por ahora. Esperemos.